

El arte puro de la fotografía contesta a los creadores de imágenes híbridas que, como los futuristas postmodernos, matan el misterio de la técnica. Contra la rutina, falto por conocer a través de lo más excepcional de la conducta humana, he aceptado la invitación del fotógrafo Pere Formiguera, que me ha telefonado para hacerme un retrato con los ojos cerrados. Conozco bien las rarezas de su práctica, estudioso del arte de la instantánea y meticuloso en el proceso constructivo de sus proyectos con imágenes. Fue célebre, estando itinerando por prestigiosos museos y galerías de todo el mundo, a raíz de la ficción científica de belleza inédita que con su entonces socio, el fotógrafo desviado Joan Fontcuberta, la coló en espacios públicos exquisitos predispuestos a cuestionar la realidad. Estábamos de lleno en la desconstrucción de los dispositivos gnoseológicos de los media, en la mencionada muerte de las ideologías y en pleno totalitarismo de la información global. Unas fotografías construidas descubrían la existencia de una fauna secreta, fruto de la investigación de un falso Dr. Meter Ameisenhaufen. La presencia de enigmas míticos y biológicos, demostrados por la fotografía, y la

forma de exponerlas a la manera de las teorías racionales y empíricas de la ciencia avalan la poética de lo fantástico, como la religión lo hizo con los dones sobrenaturales de los dioses o la bibliofilia con los monstruos.

En este sabio fotógrafo de pueblo, más dispuesto al reconocimiento del saber popular, folclórico y cuentista en peligro de extinción, que al reconocimiento morfológico de las mutaciones de las especies diseñadas en la revolución científica y técnica, la flecha de lo real no deriva de un imaginario posible de combinaciones no-naturales. Al contrario, su arte, malintencionadamente pura réplica de los creadores de imágenes híbridas que, como los futuristas postmodernos matan el misterio en pro de la técnica.

Con cruel sarcasmo, disfrazado bajo la ternura humana, el en todo momento curioso por los límites Pere Formiguera es un explorador de las fronteras universales que delimitan la razón, no la ficción, la verdad, no lo falso, la libertad, no la moral natural. Situando el cuerpo humano como centro de sus investigaciones, realiza un vocabulario corporal con fragmentos felices de veintisiete niños y niñas tocados por la gracia infantil que ilustran, con mayor evidencia que el lenguaje verbal, la adquisición de una realidad

descriptiva, para el sensible. Los retratos fueron agrupados en *Es diu cos*, uno de los libros más majestuosos y bellos de la historia de la fotografía. Así mismo, Formiguera nunca ha abandonado la posibilidad de crear ficción partiendo de la política del realismo, y ahora trabaja en unos cuentos mudos para niños inteligentes, unas secuencias narrativas de inesperada sorpresa lírica y humorística.

Mientras me enseñaba unas fotografías de refugios antiaéreos de la guerra civil, me ha dicho que había llegado el momento de realizar la pose entre los paraguas de luz. Me he quitado la camisa floreada. Me ha pedido que música quería escuchar mientras él trabajaba, moviendo el trípode, encuadrando y disparando. Le he contestado que me apetecía todo lo que veo, o el minimalismo sistemático o el flamenco con alma. Entonces he cerrado los ojos. Cuando hemos acabado, he supervisado el archivo de negativos de *Tal com som*. A lo largo de diez años, fotografió treinta y dos personas, de niños a viejos. Para la fotografía, Formiguera ve lo que hay detrás de los ojos cerrados y, también, deja que corran las secuencias de la vida que él para en una suspensión de la percepción.